2

BOLETÍN DE LA ASOCIACIÓN DE GEÓGRAFOS ESPAÑOLES

AÑO 1985 2ª EPOCA

ÍNDICE

ARTÍCULOS

P. PÉREZ PUCHAL: *Consideración Geográfica del Derecho de Aguas y otros Derechos* 1

TEMA DE DEBATE: *La práctica profesional del geógrafo.*

M. VALENZUELA RUBIO: *El geógrafo ante la crisis urbana. Sobre la aplicación de la Geografía y otras polémicas* 13

A. J. CAMPESINO FERNÁNDEZ: *El geógrafo en el planeamiento urbano* . 24

INFORMACIÓN SOBRE LA GEOGRAFÍA ESPAÑOLA 36

Sesión Académica en recuerdo de D. Manuel de Terán (A. Cabo). — *Discurso pronunciado por D. Ángel Cabo en la Sesión Académica en recuerdo de D. Manuel de Terán.* — *IX Coloquio de Geógrafos Españoles.* — *Grupo de Trabajo de Geografía Física.* — *Curso de Geografía y Medio Ambiente* (E. Cobertera). — *I Jornadas sobre alternativas de utilización del espacio en áreas de montaña* (L. M. Frutos). — *Ciclo de conferencias sobre pensamiento geográfico en la Universidad de León* (J. González). — *Reunión de estudios regionales y III Seminario de Geografía* (M. Panadero). — *Curso sobre medios costeros.* — *Curso de Ecología pastoral en alta montaña* (J. Martín y M. C. Moreno). — *I Coloquio sobre procesos actuales en Geomorfología* (J. M. García Ruiz). — *Política hidráulica, agricultura de regadío y desequilibrios hídricos en España* (N. Ortega). — *Reunión del Comité Español de la UGI* (A. Cabo). — *La X Reunión de Estudios Regionales* (L. López). — *Primeras Jornadas de Geografía y Urbanismo* (J. L. Marcello). — *Proyecto experimental de Doctorado en Geografía Física en la Universidad Autónoma de Madrid.* — *Iniciativas de la A.G.E. en relación con la práctica profesional de Geógrafos fuera de la enseñanza.* — *Tesis de doctorado presentadas en Departamentos de Geografía.*

INFORMACIÓN DE CARÁCTER INTERNACIONAL 106

El XXV Congreso Internacional de Geografía París-Alpes (M. Valenzuela). — *Conferencia regional sobre países mediterráneos* (Unión Geográfica Internacional). — *Recontre Geographique Hispano-Française* (J. Callizo y S. Escolano).

AVISOS SOBRE ACTIVIDADES DE CARÁCTER NACIONAL . . . 124

AVISOS SOBRE ACTIVIDADES DE CARÁCTER INTERNACIONAL . 128

TEMA DE DEBATE [1]

LA PRÁCTICA PROFESIONAL DEL GEÓGRAFO

EL GEÓGRAFO ANTE LA CRISIS URBANA

SOBRE LA APLICACIÓN DE LA GEOGRAFÍA Y OTRAS POLÉMICAS

Por Manuel VALENZUELA RUBIO

«De la ciudad no disfrutas las siete o setenta maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya.»
(I. CALVINO)

1. POR UNA REVISIÓN CRÍTICA DE CIERTOS PRESUPUESTOS SUSTENTADORES DE LA PRÁCTICA PROFESIONAL DE LOS GEÓGRAFOS

Cuando se aborda el tema siempre candente de la participación profesional de los geógrafos en las operaciones de intervención en el territorio, se acostumbra a obviar algunas cuestiones de fondo, que en este apunte queremos colaborar a hacer aflorar para proponerlas a la reflexión y, si procede, al debate de los lectores de nuestro Boletín. Pasaron ya los tiempos de la polémica entre partidarios y detractores de la aplicación de la Geografía; con matices y gradaciones se acepta que la Geografía puede reportar una valiosa aportación para la solución de los problemas del territorio, pero no puede afirmarse que al menos

1. Se invita a los lectores a participar en el debate. Las colaboraciones, que se publicarán en el próximo número, tendrán una extensión máxima de dos folios.

entre nosotros, se haya abierto paralelamente un debate sobre las modalidades o variantes que puede adoptar esta aportación ni mucho menos sobre la confección de un producto genuinamente geográfico, bien diferenciado del que puedan aportar las otras disciplinas competentes en temas territoriales; falta por poner sobre el tapete del debate el tipo de requerimientos sociales a los que la Geografía puede dar respuesta y el tipo de compromiso que como colectivo nos corresponde asumir.

Sin que se haya dado apenas avance alguno en la clarificación de todos estos interrogantes se han ido asumiendo tareas por parte de geógrafos en operaciones de planeamiento y ordenación territorial, en los que, salvo excepciones, su posición ha sido claramente subsidiaria respecto a disciplinas tiempo ha reconocidas institucionalmente como competentes para intervenir sobre el espacio. Si contra tal subordinación se han levantado desde la Geografía lacrimógenos reproches o airadas invectivas, totalmente justificadas desde una perspectiva de dignidad profesional, no se puede decir otro tanto de la confección de una alternativa teórica seria a la forma de manejar el territorio que aquellas venían practicando y mucho menos se han ofertado desde las instituciones geográficas (Asociaciones, Institutos, Departamentos, etc.) propuestas formalizadas de tratamiento espacial según problemáticas, escalas territoriales, y, sobre todo, objetivos específicos. Sólo con presupuestos de partida y propuestas nítidamente geográficos se podrán fundamentar las reivindicaciones profesionales de los geógrafos, que para ser coherentes y honestas deben apuntar simultáneamente hacia la dependencia operativa respecto a otros profesionales del territorio (con su contrapartida de comodidad, que en ocasiones casi llega al «comensalismo») pero también contra la aceptación subyacente de un discurso, básicamente ajeno a la Geografía, y, lo que es peor, de unas ideologías territoriales distorsionadas, no debatidas o incluso claramente aliadas con el «statu-quo». En síntesis, el reto por configurar una disciplina espacial aplicada plenamente aceptada y honorable pasa por sacudirse una doble inercia: la asepsia en los planteamientos y la aproblematicidad frente a las realidades conflictivas así como la dependencia conceptual y metodológica respecto a las disciplinas operativas. Sólo así entendemos que la Geografía podrá llegar a elaborar una respuesta autónoma a los problemas del territorio con la cual reivindicar

su derecho a ejercer un papel más relevante en la formulación de propuestas y en la redacción de documentos de acción territorial.

Pero para llegar aquí puede que antes haya que derribar los viejos mitos de la aplicación de la Geografía excesivamente cargados de protagonismo y no desprovistos de cierta presunción. Se ha venido invocando para tales pretensiones el famoso argumento de la Geografía como ciencia de «síntesis», condición ésta a la que se ha asignado poderes casi milagrosos para superar los problemas del territorio e incluso para arrogarse el liderazgo en los equipos interdisciplinarios. Era frecuente para ello echar mano de la posición estratégica que la Geografía ocupa entre las ciencias de la naturaleza y el hombre (Spork, 1962, p. 440), que permitía augurar sin duda bien intencionadamente para los geógrafos «un papel trascendental y efectivo en un mundo tan necesitado de nuevas formas de vida, de nuevas fórmulas de convivencia, de nuevas estructuras económicas y sociales» (J. Bosque, 1966, p. 211). En un plano más instrumental, la citada idea de síntesis fundamentaría la aportación sustancial de la geografía urbana aplicada, consistente en la elaboración de una sólida información, dando por válido que «la información es la garantía del plan que se establezca» (J. M. Casas Torres, 1957, pp. 268-269).

Esta posición dominante, atrincherada en una confortable «neutralidad» científica se convierte en el respaldo explícito o tácito de las distintas variantes de geógrafo aplicado, inventariadas por J. Vilá Valentí en 1968, cuya punta de lanza, junto a otras modalidades dotadas de menor capacidad de intervención y responsabilidad, serían los denominados geógrafos «planificadores», cuya virtud más sobresaliente habría de ser la eficacia de su colaboración con la administración o la empresa contratante (la idea de «business» late en cierta lectura de la primera geografía aplicada). Tardaría en abrirse paso, de la mano de ciertos geógrafos como Tricart o George (J. Vilá, Ibidem, p. 54), posturas más críticas y comprometidas en la plasmación de la intervención de los geógrafos. No obstante la aceptación casi general de las tareas aplicadas por parte del geógrafo fuera de nuestras fronteras, entre nosotros se polemizó durante un par de décadas en torno a la posibilidad y oportunidad de asumirlas desde planteamientos científicos e ideológicos contrapuestos; polémica que no es objeto de esta nota sintetizar.

Quedan intactos, sin embargo, casi todos los riesgos e interrogantes de la aplicación de la Geografía, a los que quizá no sea procedente plantear una salida colectiva, pero sí constatar su existencia: la instrumentalización del trabajo del geógrafo aplicado por la parte contratante, la tentación teconcrática carente de toda crítica y respetuosa con el *statu quo*, la aceptación sin discusión de aportaciones teóricas de otras disciplinas. Perviven también otros dilemas menores como el que se plantea entre los estudios geográficos realizados con fines prácticos y su aplicación ulterior por técnicos o políticos carentes de criterios geográficos suficientes frente a la otra opción que consistiría en la aplicación directa del logro de sus estudios por los geógrafos desde dentro de la estructura político administraitva con los consiguientes riesgos de instrumentación o desnaturalización (P. George, 1984).

En lo que el consenso ha llegado a ser virtualmente general es en la aceptación desde todos los frentes de la utilidad social de la investigación geográfica, aunque ésta se reduzca, según algunos, a brindar una simple orientación para que el técnico competente encauce su intervención, evitando tratamientos aberrantes del territorio o la acumulación sobre él y sobre las ciudades de situaciones no deseables; ésta sería la única versión de la geografía aplicada compatible con la seriedad del análisis científico (J. García Fernández, 1977, p. 420). Son, sin embargo, cada vez más numerosos quienes, sin renunciar a una calidad científica bien fundamentada, abogan porque la tarea del geógrafo se prolongue hasta la fase de diagnóstico e incluso llegue a la formulación de propuestas alternativas para resolver los problemas observados en el territorio.

No hay nada que objetar a que sólo estudios sólidamente construidos garantizarán el correcto diagnóstico y la aplicación de soluciones para el territorio. Lo cuestionable es que la gran mayoría de los actuales trabajos geográficos con los presupuestos conceptuales que los sustentan y la metodología empleada sean capaces de sentar esas bases de partida. Ciertos paradigmas, aún ampliamente practicados entre nosotros, difícilmente podrán servir de apoyo idóneo para la construcción de una auténtica geografía activa. Dar por válido, pues, que un buen estudio regional o una monografía urbana al estilo tradicional sean basamento suficiente para, en función de sus aportaciones, formular un pro-

grama de sanidad rural o un plan de construcción de viviendas sociales, es regresar a posturas prepotentes en que el protagonismo de un trabajo geográfico «serio» parecía indiscutible.

A nuestro modesto modo de entender, hay dos premisas que deben cumplir cualquier estudio que pretende inspirar la acción sobre el territorio: su actualidad, entendida como conexión con los acontecimientos y conflictos que se proyectan en el territorio, y su atención a las necesidades sociales, único punto de referencia válido para justificar propuestas de intervención. Así pues, la cuestión clave sobre si una aportación geográfica es aplicable o, lo que es mejor, socialmente útil es saber si es capaz de dar alguna respuesta a los graves problemas de nuestro entorno que la requieren urgentemente. El cientifismo puro, pues, admirable y encomiable como puede ser desde otros presupuestos, no garantiza un producto geográfico apto para el consumo aplicado. Para serlo, además, deberá haber alcanzado una elevada capacidad de comprensión de la dimensión dinámica del espacio, cuyas claves se hallan en los agentes y procesos sociales; su identificación y tipificación rigurosas han de ser punto de partida para el establecimiento de criterios primero y de instrumentos después para el tratamiento del territorio.

2. LA APORTACIÓN DE LOS GEÓGRAFOS A LA SOLUCIÓN DE LA CRISIS URBANA, UN RETO COLECTIVO DE POSIBILIDADES Y EXIGENCIAS

Dentro de la fronda geográfica, es quizá la Geografía Urbana la rama con mayor tradición de intervención en tareas de planificación, que se remonta ya a los años 30 en países como Gran Bretaña y desde los 60 entre nosotros. Es esta también la variante aplicada donde los riesgos de rutina, tecnocratismo, subordinación al *statu quo*, etc., han demostrado tener mayor gravedad. Por el volumen de trabajo realizado, plazas ocupadas por geógrafos y grado de responsabilidad alcanzado en algunos casos, la aplicación de la geografía al planeamiento urbano es en la práctica el contexto donde más fácilmente pueden observarse las deficiencias e inadecuaciones de que adolece la geografía activa tal como hasta hoy se ha venido desenvolviendo; pero es ahí,

por ello, donde se abren las posibilidades más ganadas y donde se concreta el más estimulante de nuestros retos colectivos. Son numerosas las reticencias aún vigentes frente a la plena incorporación de los geógrafos a los equipos de planeamiento; en el fondo su «última ratio» no es muy a menudo otra cosa que la radicalización de los resabios corporativos, fruto de un mercado laboral progresivamente enrarecido, más que imputable a nuestras propias deficiencias formativas o a las presuntas incapacidad para demostrar las virtualidades de la Geografía a otros colectivos o a la sociedad en su conjunto; aún así es quizá aquí donde la aceptación del geógrafo se presenta menos problemática y discutida. Esta relativa buena acogida de que disfrutan los geógrafos en las tareas de planeamiento, puede fácilmente hacer caer en la tentación de aceptar por inercia o voluntad de concordia el «rol» que en ellas se le viene asignando, el cual, salvo excepciones, es puramente instrumental, claramente subsidiario y marginado de las fases de formalización de las propuestas. El segundo paso sería la pretensión, ingenuamente pragmática, de adaptar la formación del geógrafo urbano a los requerimientos derivados de la asimilación del papel que previamente se nos asigna para, de esta manera, crear frente a la parte contratante una imagen eficaz y utilitaria, objetivo que puede ser tan razonable como rechazable desde otros presupuestos.

El hecho de que existan ejemplos representativos, como los señalados por E. Clemente (1981, p. 337) o por J. Oliva (1981, pp. 417-421), que vienen a demostrar empíricamente la contribución de los geógrafos a las tareas de asesoramiento a las administraciones local y autonómica, de colaboración con las entidades provinciales y locales así como de participación directa en los equipos de planeamiento, corroboran, en todo caso, la cada vez más amplia difusión de una práctica, pero no implican que se haya abordado aún la reflexión colectiva orientada a la formulación de una oferta genuina de los geógrafos al planeamiento trascendiendo las tareas y temáticas que tradicional, y yo diría que rutinariamente, se nos vienen adjudicando en interior de los equipos. Tal reflexión es indisociable y al mismo tiempo aporta una mayor consistencia lógica a la preocupación (expresada con insistencia), desde el colectivo de los geógrafos por obtener una dignidad profesional equiparable a la de arquitectos, ingenieros o juristas. Quizá por aquí habría que comenzar, junto a otras

medidas colectivas, para acabar con la humillación permanente de muchos compañeros subcontratados o empleados en trabajos sueltos a tanto alzado como mano de obra barata y poco reivindicativa (como «proletarización» ha sido denominada tan injusta situación).

Las reivindicaciones profesionales y el clamor justo por que se busque un engarce adecuado entre las cualificaciones académicas y la práctica profesional comenzarán a resolverse a partir del momento en que se haya conseguido plasmar ofertas colectivas coherentes y genuinamente geográficas; y hablamos en plural porque, en función de opciones ideológicas, metodológicas y epistemológicas, es posible que se desemboque en ofertas diferenciadas, que, si este primer tema de debate cumple con el cometido previsto en la reestructuración de nuestro boletín, podrían empezar a perfilarse en las aportaciones que estas reflexiones pudieran suscitar. A nuestro juicio, en todo caso, el mayor esfuerzo que una geografía que se pretenda activa debe realizar para ejercer las responsabilidades espaciales contraídas con la sociedad, es saber captar una realidad problemática en permanente evolución, a la escala a que ésta se concreta y con el ritmo a que ésta se mueve. Poner a disposición de los problemas espaciales un correcto tratamiento de la información, las correspondientes plasmaciones gráficas y cartográficas para posteriormente confeccionar propuestas bien formalizadas e instrumentadas en condiciones de soldarse a las aportaciones de otros profesionales del territorio, he ahí el reto al que nos encaramos, que no es tanto un embite instrumental sino, sobre todo de profundización en la comprensión de una realidad espacial fundamentalmente problemática, a la que solamente se tendrá acceso mediante una formación muy completa y compleja, ya que, como ha indicado muy atinadamente P. George (1984, p. 221), ésta es la única manera de formar geógrafos activos para la Geografía Activa.

Dentro de este contexto nos atreveríamos a afirmar que la aportación geográfica al planeamiento sólo acertará en la diana si hunde sus raíces en la comprensión y comprobación de la crisis urbana, una crisis que está obligando a replantear sus puntos de vista a todas las disciplinas que se ocupan de lo urbano e incluso cuestiona al planteamiento tal como hasta ahora se ha venido ejecutando y hasta incluso su propia razón de ser. Un

ejemplo bien reciente nos lo brinda la aún no concluida revisión del Plan General del Área Metropolitana de Madrid, quizás un primer experimento a gran escala de ruptura con la concepción mecánica tradicional de realizar el planeamiento, que de jerárquica y secuencial ha optado por buscar la solución a los problemas metropolitanos desde dentro de los municipios implicados, construyéndose, de este modo, el planeamiento metropolitano «desde abajo» mediante un proceso de compatibilización intrametropolitana previa (Ayuntamiento de Madrid. Oficina del Plan, 1982). No por eso se dejarán de redactar documentos de planeamiento con distinto rango y escalas espaciales, pero, como se arranca de realidades económicas y espaciales distintas a las precedentes y también han cambiado las demandas sociales sus objetivos y propuestas tendrán necesariamente que dar un profundo giro a las prácticas profesionales si no se quiere seguir haciendo un ejercicio profesional puramente tecnocrático. Todo lo cual es de aplicación igualmente para la Geografía. Olvidadas pretensiones ya irreales de crecimiento ininterrumpido generador de constante consumo de espacio por las ciudades, sometidas a revisión las presuntas virtualidades urbanas de signo polarizante, demostrada la falsedad de la vertebración urbana del territorio... gran número de las viejas formas de aplicación tecnocrática de la Geografía se han venido abajo. Los tradicionales capítulos de marco territorial, evolución histórica, proyecciones demográficas, actividades económicas, zonificación de usos del suelo, etc., asignados tradicionales a los geógrafos en el marco de las Memorias de Planeamiento, están abocados a una urgente reformulación para su adecuación a las realidades y exigencias específicas del presente urbano, que si algo las diferencia fundamentalmente de etapas anteriores es en el hecho de hundir sus raíces en la crisis (económica, social, institucional, etc). Del optimismo urbano arrollador de décadas pasadas, al que el planeamiento daba una réplica espacial, éste ha de pasar a convertirse en administrador de la crisis y la escasez. Los propios conceptos de planificación territorial y planeamiento, que hicieron concebir desproporcionadas esperanzas de mejora ininterrumpida de las condiciones de vida de las poblaciones urbanas se hallan en profunda revisión desde muy diversas ópticas. La palabra planeamiento ha dejado de tener en la opinión pública las resonancias casi taumatúrgicas que llegó a despertar en el inme-

diato pasado. Campos Venuti ha dejado constancia las líneas maestras a las que debe ajustarse la intervención en la ciudad basada en estos criterios: «la lucha contra el despilfarro de los recursos humanos y ambientales, contra el consumismo improductivo, la lucha por una renovación de la sociedad que garantice a los trabajadores mejores condiciones de vida y de trabajo en un medio donde la dimensión humana y natural sean respetadas» (1981, p. 7).

Por lo que a la Geografía se refiere, su presencia en las tareas de planeamiento merecerá subsistir si es capaz de integrarse en los nuevos retos que a éste se le presentan y en las nuevas demandas de una sociedad en crisis: reducción del dinamismo económico y problemas de paro, encarecimiento de la producción de viviendas y dificultades de acceso al mercado libre, pérdida de calidad ambiental, demanda de participación directa de los ciudadanos en la toma de decisiones que les afectan en sus distintos ámbitos de vida (trabajo, vivienda, etc.). En todo caso, al igual que viene ocurriendo con el planeamiento, cabe plantearse respecto a la Geografía la diferencia entre la correcta comprensión del medio sobre el que se pretende operar y la construcción de teorías e instrumentos para intervenir en la práctica en él. Si actualmente es moneda corriente el escepticismo frente a las virtualidades del planeamiento entre teóricos, técnicos y expertos, la Geografía no puede seguir encasillada en optimistas afirmaciones de una utilidad inminente y casi absoluta. De igual forma que, si es indisociable de cualquier teoría y práctica del planeamiento una lectura ideológica, (C. Paris, 1982), aún abundan las aportaciones de los geógrafos instaladas en una cómoda asepsia o neutralidad ideológica, no detectando con la suficiente claridad o simplemente obviando las relaciones entre la práctica del planeamiento, incluida la de ascendencia geográfica, y su contexto social y político-económico.

Aún así, el planeamiento sigue teniendo una utilidad social, aunque muy lejos ya de sus viejas pretensiones hegemónicas como instrumento de configuración espacial (A. Rodríguez Bachiller, 1980), de la que puede seguir nutriéndose la Geografía siempre y cuando sea capaz de realizar un análisis riguroso de realidad urbana y de dar una respuesta a los problemas en ella detectados acorde con las demandas explícitas o latentes en la colectividad. En definir y espacializar esos problemas para la

continuación orientar la intervención correcta con los instrumentos puestos a disposición por los documentos de planeamiento u otras formas de gestión administrativa entendemos nosotros que se halla la razón de ser de la Geografía Urbana Activa en la actual coyuntura de la ciudad y de la revisión de las formas clásicas de operar sobre ella. Lo dicho supone ampliar el abanico de posibilidades de plantear en la ciudad propuestas de intervención desde el análisis geográfico, condicionadas, en todo caso, por los procesos y agentes considerados y los instrumentos operativos elegidos para tratar la problemática desencadenada. El problema, pues, y el rango de las medidas propuestas para su solución condicionarán tanto la escala territorial elegida como los métodos de análisis para su estudio y la formulación de las propuestas concretas para abordarlos. Plasmarlas de forma conceptual y metodológicamente coherente e instrumentarlas eficazmente utilizando el adecuado ropaje terminológico, jurídico-económico o de diseño es el reto al que debe dar respuesta una formación del geógrafo concomitante con las actuales demandas colectivas.

En síntesis, pues, la labor del geógrafo urbano activo puede concretarse en muy diversas tareas que la entidad del problema, la voluntad de afrontarlo y los instrumentos puestos al servicio del empeño condicionarán necesariamente por lo que se refiere al ámbito espacial elegido, a la forma de analizarlo y a las propuestas concretas de intervención, traducibles en medidas operativas. Estas pueden consistir en alguna de las variantes de documentos de planeamientos vigentes, pero también en un dictamen no vinculante o en un estudio previo para intervenir en un programa sectorial, etc. Cada una de tales tareas disponen de sus propios requisitos de ejecución, de amplitud e incluso de presentación formal. Sería atrevido establecer un inventario potencial de tareas a realizar por el geógrafo urbano, en coherencia con lo hasta aquí expuesto. Lo más obvio, sin duda, es la diversidad de elementos instrumentales que en cada caso habrá que poner en juego. Son precisamente las carencias formativas en ellos las que más a menudo ponen de relieve, con razón, los detractores de los actuales curriculla universitarios en Geografía. Lo que no impide que, aún admitiendo tal deficiencia, no sea acertado caer en una excesiva y tecnocrática mitificación de los instrumentos y de la eficacia formalizadora de las propuestas. Si, previamente

a ellas, quedan despejados interrogantes tales como el por qué, para qué y en que ámbito se van a plasmar, se habrá dado un paso considerable hacia la definición de un campo de trabajo y de los instrumentos adecuados específicamente geográficos para cultivarlo en el ámbito urbano. De igual forma, se habrá avanzado hacia la interdisciplinariedad por la vía de la solidaridad en torno al problema y además (al menos así confiamos) la buena imagen y dignificación profesional de la tarea del geógrafo vendrán por su propio peso. Todo ello, sin perder de vista, con toda modestia, que la suya es una más entre otras muchas aportaciones de expertos y técnicos, que persiguen igualmente ayudar a dar respuesta a los problemas de uso cotidiano de la ciudad, cuya solución vendrá dada, en última instancia, no a través de las ideas y de los instrumentos de los urbanistas, sino de la compleja estructura de los poderes políticos (O. Bohigas, 1984).

BIBLIOGRAFÍA CITADA

AYUNTAMIENTO DE MADRID: Oficina Municipal del Plan. *Las opciones de crecimiento en la revisión del Plan de Madrid.* 1982, p. 1.

BOHIGAS, O.: «Conmeroración de una nueva teoría del urbanismo». *El País,* 11-I-1984.

BOSQUE, J.: «En torno a las posibilidades de aplicación de la Geografía». *Homenaje a D. Amando Melón.* Zaragoza, Instituto de Estudios Pirenáicos-Instituto «Juan Sebastián Elcano» de Geografía, 1966, pp. 203-213.

CAMPOS VENUTI, J.: *Urbanismo y austeridad.* Madrid, Siglo XXI, 1981.

CASAS TORRES, J. M.: «Ciudades, Urbanismo y Geografía». *Estudios Geográficos,* XVIII, 1957, pp. 261-271.

CLEMENTE CUBILLAS, E.: «La aportación del geógrafo a la actual planificación urbana». *VII Coloquio de Geografía,* Pamplona, 1981, Vol. II, pp. 337-339.

GARCÍA FERNÁNDEZ, J.: «La planificación urbana en España». *V Coloquio de Geografía.* Granada, 1977, pp. 419-421.

GEORGE, P.: «A propos de la Géographie active». Reflexion sur la responsabilité des géographes. *Herodote,* núm. 33-34, 1984, pp. 2221-229.

OLIVA, J.: «El geógrafo en un servicio multidisciplinario de planeamiento y ordenación del territorio». *VII Coloquio de Geografía.* Pamplona, 1981, Vol. II, pp. 417-423.

PARIS, C.: *Critical readings in planning Theory.* Oxford, etc., Pergamon Press, 1982, 322 pp.

RODRÍGUEZ-BACHILLER, A.: «La teoría del planeamiento, una disciplina imprescindible». *Ciudad y Territorio,* núm. 4, 1980, pp. 7-25.

SPORCK, J. A.: «La Geógraphie au service de l'Homme á l'amenagement du territoire». *Melanges de Géographie offerts á M. Omer Tulippe.* Gembloux, Edit. J. Duculot, 1967, Vol. II, pp. 435-441.

VILA VALENTI, J.: «Algunos puntos de vista acerca de la Geografía aplicada». *Revista de Geografía,* Vol. II, núm. 1, 1968, pp. 44-55.